

Los derechos de los ácaros

Hay quien piensa que estos seres invisibles deben ser eliminados, pero las consecuencias serían nefastas, dice el autor. Sería un acaricidio lanzar bombas químicas a la cabeza y piel de cada persona. **TEXTO: GUILLERMO SAMPERIO**

Una noche de infancia en que miraba, desde un monte en Oaxaca, hacia el cosmos inmenso, limpio, abierto, pensé en eso de que había más de un universo. Y me vino una pregunta: ¿Qué habrá más allá de los bordes del universo? Sólo había dos respuestas: la primera: únicamente la nada infinita; o bien, la segunda: otros universos encadenados, cada uno expandiéndose o contrayéndose, según el punto de vista que discuten los científicos. Pensar que nuestro universo levitaba en una infinita nada me dio mucho vértigo, así que preferí especular sobre la cadena de universos, que haría, según supuse, el Eterno Gran Universo o *Eternal Big Universe* o *Universe of Universes*. Aunque había un problema: mi capacidad imaginativa no podía alcanzar distancias tan pero tan gigantescas. Esta es una limitante que tengo, como la de los demás seres humanos. Por ejemplo, un rayo de luz para atravesar nuestra galaxia, llamada Vía Láctea, tardaría unos cien mil años. Puedo decirlo, pero concebir 100 mil

años, uno detrás de otro, me parece imposible; me es fácil suponer una semana, tres años, un siglo, 15 siglos ya se me dificulta, pero 52 siglos –5,200 años– me es realmente enigmático. Por lo tanto, si hubiera, como dicen, 30 mil galaxias, el borde del universo es prácticamente inaccesible a mi mente. Lo puedo decir, pero no lo puedo representar. Pero esa noche, acostado en Oaxaca, lo pensé y lo supuse.

Como ya me estaba haciendo bolas, incluso con el inglés por aquello del *Eternal Big Universe*, de pronto, me figuré que alguien me estaba observando desde la orilla del universo. De inmediato, pensé si ¿sería posible que alguien pudiera verme desde allasote! En primer lugar, me dije, tendría que buscar, entre billones y billones de luces liliputienses, cuál sería la Tierra y eso estaría en chino. Pero no me hice difícil la cosa y me dije: supongamos que, de pronto, ese alguien le atina y dice “La Tierra es ese irrisorio puntito, pero ¿qué habrá en ella?” Okey, ya

encontró el puntitito, pero sigue sin verme, sin ver las jirafas, las montañas, los edificios, los elefantes, ya ni pensar en los perros ni los gatos. Me vino una idea descabellada, pero no tanto: para ese alguien, que nos está viendo desde tan ultrarremotísimo lugar, seríamos invisibles, una casi nada, mucho pero muchísimo más minúsculos que el puntitito Tierra.

Para podernos ver en verdad, para hacernos visibles a su mirada, necesitaría un telescopio más que superpotente, uno que hasta el momento, claro está, no se ha inventado aquí, en nuestro planeta, y tal vez nunca lleguemos a crearlo. Los mayores telescopios terrestres miden unos diez pisos y están llenos de escaleras, lentes, espejos y tubos, pero ya se encuentra en órbita el Telescopio Espacial Hubble que ha mandado fotos como las de una galaxia ultradistante de nombre “El ojo de Dios”; pensemos que el que usa ese alguien fuera del tamaño del monte Everest, algo así como el Telescopio Imposible. Y entonces sí podría ubicarme acostado en Oaxaca y verme del tamaño de una chinche o de una pulga; los gatos y los perros de plano no los vería, aunque los elefantes serían como perros chihuahuenses, los edificios parecerían del juego mecano y las montañas como de maqueta de arquitecto.

Pero al fin empiezo a ser visible, puf, sin dejar de ser invisible, según se vea o no se vea. Entonces, me autonombro El Invisible, pero de pronto me doy cuenta de que yo mismo puedo ver a otros Invisibles, gente como yo, niños, jóvenes, adultos



ILUSTRACIÓN: JUAN JESÚS MORALES RÍOS

y viejos, además de muchísimos seres y cosas más, como la catarina, los chochitos más pequeños de la homeopatía, un lunar diminuto en la mejilla de una muchacha o un jovencito. Pero hay tipos de pulgas que no podemos ver a simple vista; para ello tenemos que ir al museo de Puebla para ver, con indispensable lupa potente, a las famosas pulgas vestidas. Sin embargo, hay cosas tan pequeñas que ya ni con la lupa más poderosa es posible distinguir: son invisibles, como nosotros. Aquí entran los microscopios, desde los manuales hasta los láser, pasando por los electrónicos, muchos tan complicados como los más aparatosos telescopios.

Una misión

Durante siglos y siglos no se pudo ver, por ejemplo, a la amiba ni a los animales más pequeños de la fauna terrestre, los llamados “ácaros” que habitan en cualquier tipo de ambiente; se los puede encontrar bajo hielo en Groenlandia, en el fondo del insondable mar, o el trópico más extremo del Amazonas y hasta en los desiertos más desiertos como el del Sahara; dicen que vinieron del mar y fueron poblando el mundo entero, como nosotros, sin que nadie los viera.

Si se amplía un pelo de la cabeza humana hasta el diámetro del tronco de una palmera, se los podrá ver ahí, montados, como si fueran lagartijas. Al

observarlos, son complejos, tan llenos de peculiaridades, que uno piensa que traen puestos trajes de samuráis, de vivos colores; patas, antenas, caparazones. Los más grandes llegan a medir dos centímetros (cuando han comido se alargan), como las chinches, pero las especies visibles son escasas; la gran mayoría son invisibles y súperdiminutas. Hay como 12 millones de especies de ácaros y el número total de sus individuos sobrepasa a la suma total de los demás individuos de las otras especies animales de la Tierra. Son, por lo tanto, muchos más que las cucarachas y las ratas. Inclusive, se puede llegar a decir que si las ratas y las cucarachas van a sobrevivir al hombre, los ácaros van a sobrevivir a las ratas y cucarachas; la cosa está de ese tamaño, digo, de ese tamaño, ya que soportan las más bajas y las más altas temperaturas que se dan en el planeta.

Hay gente que se asusta de llevar ácaros en el cuerpo, pero esa gente no sabe que estos microanimalitos son inofensivos en más de un 90 por ciento, en especial los que lleva el hombre. Si alguien pudiera ver a simple vista la fauna de nuestra cabeza, pensaría que todos los días traemos cargando una selva, un universo de ácaros: hay quienes creen que con el shampoo se van a caer, pero no, siguen ahí aún después de bañarnos. Al principio, cuando los descubrieron, pensaron que eran sólo parásitos, sin utilidad; no obstante, el conocimiento evolucionó y se dieron cuenta de que tenían una misión en la Tierra, como nosotros. Los que habitan nuestro cuerpo se comen la grasa excesiva y los trocitos ultrapequeños de piel que vamos tirando; además, ayudan a evitar la humedad, pues los ácaros se beben los microrrastreros de agua o sudor que van quedando. Están encargados, pues, de hacer una limpieza a fondo y meticulosa de cada ser humano. Así que los ácaros viven, trabajan, se reproducen y perecen.

Guerra atómica

Hay locos que han pensado que deberían eliminarse estos seres invisibles, pero las consecuencias serían nefastas: forman parte del equilibrio ecológico y, en caso del ser humano, su desaparición

provocaría enfermedades serias de la piel en cuerpo y cabeza: por ello es posible hablar de los derechos que tienen los ácaros. Por ejemplo, el derecho a vivir, es decir, a dar su servicio, a amarse, a hacerse viejos, a alimentarse y, como nosotros, a morir. Sería un acaricidio que les mandarían bombas químicas en la cabeza y la piel de cada ser humano. Sería semejante a que ese alguien que ve la Tierra desde el borde del universo, dijera que, porque somos tan pequeños, tan invisibles, tan poca cosa, debieran mandarnos una pelota atómica para desaparecer ese puntitito insignificante en quién sabe qué lugar del *Eternal Big Universe* o *Universe of Universes*. Aunque argumentara que biólogos y astrónomos de las más altas esferas científicas tienen la hipótesis de que tan sólo en la Vía Láctea existe la probabilidad de que hayan 18 mil civilizaciones como la nuestra en diversos niveles de evolución (quizá algunas desaparecidas y otras por aparecer) y que desaparecer una no le haría ni cosquillas al universo, cada civilización tiene sus derechos, aunque seamos invisibles, como los ácaros. Si pudieran llegar imágenes de tales civilizaciones, como tardarían extremadamente demasiado tiempo en llegar, tal vez veríamos sólo la etapa de cuando había dinosaurios, pero siendo ya en el momento de verlos una cultura muy desarrollada o en vías de extinción debido a una guerra atómica entre ellos.

En una ocasión, cuando transmitieron por la televisión francesa un documental sobre estos hermosos archimicroanimales, los que tenían alfombras las mandaron quitar y las sustituyeron por tapetes, pero los ácaros también vivían en los tapetes; es ridículo, ¿no? Otros franceses se dedicaron obsesivamente a cambiar las fundas de sus almohadas todos los días para que no se les volvieran a subir los ácaros que durante la noche se les habían caído; pero en rigor son muy pocos los ácaros que se caen, pues están bien agarrados con sus patas rugosas al cabello que les tocó.

Pero, en último caso, serían los ácaros de cada quien, y cada quien debería aprender a quererlos como a sí mismo, y si se intercambian ácaros

entre los esposos, o las personas que duermen juntas, no pasa nada, pues pertenecen a las mismas especies. El puerco espín tiene los suyos, como los tienen los caballos, los delfines, las águilas, las salamandras o las jirafas.

En cualquiera de estos animales en que viven, los derechos de los ácaros siguen siendo los mismos. Bueno, podría haber un 10 por ciento maligno que se debiera controlar y penalizar, como sucede con el ser humano que, por cierto, también tiene sus derechos.

Ser invisible

Puedo terminar diciendo que ahí, bajo el cielo inmenso de Oaxaca, concluí que cualquier ser invisible, del tamaño que sea, tiene sus derechos vitales y los pierde cuando pone en peligro a su especie o a otras especies. Sentirme invisible me dio serenidad, pues supe que era uno más entre los muchísimos invisibles. Pensé también que siendo así, una casi nada, no podía yo cargar en mis espaldas el destino de la Tierra ni, mucho menos, el del universo o del *Universe of Universes*. Es una tarea que no me toca a mí. Mi responsabilidad es, me dije mirando el gran cielo oaxaqueño, barrer la parte de mi banqueta, como dice mi tía, dejando que los demás barran la suya. Si alguien la quiere tener sucia, allá él o ella.

A punto de quedarme dormido, junto con mis ácaros, me sentí bien al suponerme un ser humano sencillo, humilde. La soberbia que hasta entonces me había dominado desapareció de mi espíritu. Qué bárbaros aquellos que llegaron a pensar que la Tierra era el ombligo del universo y, todavía más, que el hombre era el centro de todo lo existente. Si una persona sola apenas se aguanta a sí misma. Bostecé y me dije: "Soy como mis nuevos hermanos, los ácaros invisibles". Y me dormí por primera vez con la mayor tranquilidad. •

GUILLERMO SAMPERIO

Ciudad de México, 1948. Escritor. *Cuentos reunidos*, un volumen publicado por Alfaguara, reúne su obra completa en el género.